

UNA NOVELA DE Simón Soto

AGUA



FUERTE

 Planeta

Simón Soto A.

AGUAFUERTE

I

Los gritos ahogados despertaron a Romero. ¡Diablo, fuera, infeliz! La voz de la vigilia comenzó a penetrar en su territorio, imperceptible, torciendo las circunstancias que soñaba. Mi Señor, llévate a este desgraciado de aquí, aullaba la voz desesperada, allá afuera. Romero caminaba entre viejos canelos, húmedos tras horas de lluvia fría. Ayúdeme a rezar, mamita, un credo o un padrenuestro, dicen que son buenos para ahuyentar al Cachudo. Inspiraba profundo el aroma de la hierba mojada, tantas veces como los pulmones se lo permitían, con el deseo de guardar su fragancia.

¡Cómo que no se acuerda del credo, por la cresta! Sus pies se hundían, desnudos, y la piel oscurecida y callosa entraba en contacto con la delgada capa de barro. Rece conmigo, mamá: Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Hojas frescas de peumos, agujas secas de pino reblandecidas por el agua. Repita: Y en Jesucristo, su único hijo nuestro Señor. ¿Era día o noche? La espesura del bosque hacía indefinible la hora. Siga, por favor: Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María. Una bóveda de árboles con techos de ramas gruesas en su arbitrio secreto: lenguaje del firmamento, lengua de cada vegetal. Padeció además bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado. La

música de la madera, la voz de cada hoja, el brazo del litre agita la madrugada como si batiese el amanecer del sur. Descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos, madre mía. A lo lejos, araucarias coronadas con nieve, copos, miles en ascenso. ¿Por qué?, preguntas a viva voz, ¿por qué la nieve sube en lugar de caer? Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, señora, ore con fuerza, por favor. El vapor de agua escapa del caballo, así los relinchos y el trote se apagan sobre la tierra compacta. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Hable fuerte, mamá. Corriente de río, de agua cubierta de rocas, de rocas cubiertas de musgo, burbujas, tormentas. Creo en el Espíritu Santo, como usted. Está allí, tendido boca arriba, las palmas de las manos en ofrenda al cielo. La santa Iglesia católica, madre, la comunión de los santos, señora, el perdón de los pecados, mujer, la resurrección de la carne, tú, y la vida eterna, susurró en la absoluta oscuridad de la noche el padre José María Madariaga, sumergido en el sueño, hablándole a su madre, recordándole la oración del Padre, del Hijo, del Santo Espíritu. Como una música, la voz del sacerdote entro al descanso de Romero como una pesadilla: *Pater de coelis Deus, miserere nobis.*

Agnus dei, qui tollis peccata mundi, exaudio nos, Domine. Padre Madariaga, despierte, padre, está soñando, habla en sueños, padre, dijo Romero.

Abrió los ojos. Todavía estaba tendido sobre su improvisado camastro, en el suelo de tablas rugosas, que guardaban olor a especias. Comino, ajo en polvo, laurel, tomillo, charqui de caballo, vinagre, canela. Los mandaron a dormir a la bodega. Los barcos estaban llenos de conscriptos de los diversos regimientos y batallones. No quedaba espacio y sortearon las literas. Los infortunados

tendrían que acomodarse entre las barricas de alimentos, aguantar el hedor y la fragancia, inventarse un lugar para echar el cuerpo. La *Magallanes*, pesada y gruesa como cachalote, se mecía lenta sobre las aguas nocturnas. Romero comprendió que las palabras dirigidas al cura fueron pronunciadas en el sueño. Quiso despertarlo, pero su voz sonó nada más que en su propio relato. Se quedó observando la oscuridad, hasta que los ojos comenzaron a distinguir los listones de madera de la improvisada litera superior. Cuando la suerte los mandó a dormir allí, los soldados pidieron materiales y herramientas para construir camarotes en los rincones. El mar no puede ser el lugar de una persona dueña de todos sus sentidos, pensó Romero. Sal de aquí, mierda, balbuceó otra vez el padre Madariaga. Aunque la brisa fría se colaba por las rendijas, la comida y las excrecencias mezclaban sus insistentes olores. Con el torso desnudo y descalzo, Romero se levantó con lentitud y se acercó al sacerdote.

—Tranquilo, padre, despierte.

El cura abrió los ojos. Se quedó observándolo con gesto de terror en la mirada sin parpadeo.

—Soy Romero, padre; Manuel Romero.

—*Fili, Redemptor mundi, Deus, miserere nobis. Spiritus Sancte Deus, miserere nobis. Sancta Trinitas, unus Deus, miserere nobis.*

—¡Despierte, por la cresta! —gritó Romero, a la vez que lo sacudió de los hombros.

El padre Madariaga se incorporó con un profundo ahogo. Romero imaginó a alguien saliendo del mar a la superficie tras largos minutos inmerso. Los silbidos y ronquidos de los hombres se entrecruzaban con los golpes del agua contra el barco.

—Vuelva a dormir, padre, que mañana se viene bravo —le dijo Romero, posando su mano sobre el hombro para procurarle calma.

Tras ajustar la respiración, el cura Madariaga se dio media vuelta, acomodándose sobre el estrecho colchón de paja envuelto en un viejo poncho de Castilla, y continuó durmiendo. Romero volvió a su litera. Se sentó y tanteó sus botas en el piso, cerca de su equipaje. Afuera, el oleaje se intensificó, azotando ambos costados con fuerza. El vaivén de la nave se hizo más pronunciado y sintió un leve mareo, el estómago revuelto, también. Encontró las botas bajo la chaqueta del uniforme. Se calzó el cuero humedecido, frío y áspero. Entre los tablones de las paredes se colaba, a través de las juntas, agua espumante. Las burbujas de múltiples tamaños avanzaban, ganando centímetro a centímetro en las vigas de la estructura de la nave. La tensión de la madera mojada sonaba con vibraciones, transmitidas al casco en su totalidad. Romero salió de la bodega hacia el cuarto de máquinas, donde los granaderos se afanaban en preparar las herramientas y municiones de cañón. Nadie reparó en él, nadie le ofreció aguardiente, que era lo que bebían los hombres para calentar el cuerpo. Caminó hasta el espacio abierto por donde se ascendía a cubierta. Vio cuatro siluetas sentadas alrededor de una mesa cuadrada. El tamaño del mueble los obligaba a inclinarse sobre la cubierta. Una sombra diáfana, de espaldas al muro, llamó primero su atención. Jugaban a las cartas, concentrados, con gesto grave. Dos de ellos eran oficiales y el otro era un gringo raso, cuyos ojos turquesa y pelo anaranjado lo distinguían del resto de la tropa. Durante el entrenamiento, en Antofagasta, lo vio varias veces haciendo los mismos ejercicios que el resto del batallón. ¿Quién era, de dónde venía?, se preguntaba, pero ninguno de sus conocidos siquiera había hablado con el gringo alguna vez. El cuarto hombre, cuya sombra llamó primero la atención de Romero, tenía los cabellos largos y negros. Le cubrían el rostro como una cortina. El chaquetón

oscuro se asemejaba a una sotana. El sombrero de ala ancha, negro también, colgaba de una de las puntas del respaldo de la silla. Nadie reparó en Romero, que se quedó mirando el juego, intrigado con la extraña presencia del sujeto. Los hombres cantaron sus apuestas y dejaron sus cartas sobre la mesa, con los números y símbolos al descubierto. Los oficiales y el gringo se llevaron las manos al rostro, frustrados —al parecer otra vez— con el triunfo del hombre extraño. Se pasaron una botella de pisco requisada la tarde anterior a una pequeña embarcación pesquera peruana que encontraron rumbo a Pisagua, junto con abundante captura de pescado fresco. En seguida, los jugadores desembolsaron la suma adeudada por todas las partidas ganadas por el desconocido.

El extraño levantó la vista y, bajo la luz grisácea y sucia de la lámpara de aceite, a Romero le pareció la mirada de un muerto. Creyó ver unos ojos transparentes, y esa impresión lo acompañaría el tiempo transcurrido hasta que volviese a encontrarse con él. Sus manos, lechosas y tersas —como dedos y manos de mujer rica, pensó—, y el rostro anguloso, sin expresión e incluso indefinible, construyeron la percepción visual completa que se quedó en sus recuerdos, apareciendo en sueños y en los pensamientos azarosos de la vigilia.

Rechazó el sorbo de pisco ofrecido por sus contendores, guardó el dinero en una pequeña alforja de cuero que colgaba sobre el muslo izquierdo, protegida por el chaquetón, y se retiró, despidiéndose solo con una leve inclinación de la cabeza, antes de calzarse el sombrero y subir hacia la cubierta.

El gringo —aún no sabía su nombre— se quedó con la botella de pisco e invitó a Romero a fumar. Subieron a cubierta y se desplazaron hacia estribor. Alcanzaron a ver al extraño, protegido por su sombrero y el capote negro, alejarse en un

bote en dirección al *Amazonas*, de cuyas calderas se elevaba una delgada línea de humo.

—Federico Graham —dijo el gringo y le dio la mano.

—Manuel Romero —respondió él, a la vez que estrechaba la de Graham.

Guardaron silencio en el frío nocturno. A lo lejos, la espesa camanchaca cubría por completo la bahía y los picos de Pisagua. Graham le pasó la botella a Romero y comenzó a enrollar un cigarro, extrayendo el tabaco de un desgastado estuche de cuero.

—Usted no es de aquí —dijo Romero.

—¿Cómo es eso? —respondió Graham.

—Indio, chileno, de aquí. Usted no es como nosotros.

—Claro que sí. Chileno.

—Pero no parece chileno, amigo, usted parece gringo.

Graham esbozó una sonrisa mientras sus dedos hacían girar el papel transparente con el tabaco, para armar el cilindro largo y delgado del cigarro. Tragando continuos sorbos del pisco amarillento, Romero intentaba vislumbrar la costa gris a través de la bruma. Los vapores sobre el mar parecían rostros.

—¿Está asustado? —preguntó Graham.

Romero no contestó. Volvió a tomar, a tragos largos. Cuando Graham terminó de enrollar el tabaco, se llevó el cigarro a los labios y lo encendió con un fósforo, protegiendo la llama con sus manos ahuecadas. Aspiró con fuerza y quemó la punta, que avanzaba hacia su boca; las cenizas pronto volaron, perdidas. Continuaron sin hablar, escuchando el suave oleaje de la noche y el acarreo de cañones y trastos en el interior del barco. Un par de toninas saltaron a veinte metros, quebrando el movimiento del agua. Graham fumaba con placenteras y prolongadas caladas. Romero seguía tomando pisco puro para calentarse el cuerpo.

Espanto le dicen, pronunció Graham. Romero lo observó sin comprender. ¿Quién? El gallo ese. ¿El buitre que estaba jugando a las cartas? Graham movió la cabeza, afirmando. El humo salió expulsado de su boca en gruesas volutas, que se perdieron en ascendente contacto con el aire de la cubierta. No sé de dónde salió, de dónde es, por qué está aquí, cuál es su nombre verdadero. Se nos dijo: Llámenlo Espanto, señor Espanto, don Espanto, incluso; nada más. Yo conozco esta información porque estuve en contacto con los oficiales y con los técnicos granaderos. No tengo el grado de oficial, pero soy ingeniero y en esa calidad profesional he asesorado al Ejército en la misión; también durante el entrenamiento en Antofagasta.

Observaba Romero a Graham en silencio, poseído por la intriga y el deseo de continuar escuchando el relato del gringo. Bebía pisco también, como si ayudara a escuchar con mayor atención. Para qué voy a contarle los detalles de mi asesoría. Mi colaboración tendrá resultados, buenos o malos, mañana a primera hora, cuando los cañones de este barco disparen contra los fuertes norte y sur del enemigo. Espanto llegó una madrugada a Antofagasta en compañía del general Escala. Se informó a ambos sobre los avances del entrenamiento de las tropas y planes de ataque. La voz de Espanto, que escuché por primera vez esa madrugada, era como el canto de un tenor. Una voz carente de cualquier dulzura. ¿Entiendes lo que quiero decir, Romero? El canto que precede a la muerte.

Quería saber por qué estaba yo allí, si era un simple soldado raso. Le explicaron mi experiencia y conocimientos como ingeniero, mis cálculos y decisiones para optimizar nuestros cañones y armamento. Después los generales presentaron su estrategia para atacar el puesto de Tacna. Se expusieron informes, mapas, cifras, trayectos. Espanto escuchó en silencio y luego revisó el

material. Extrajo una pipa desde su morral de cuero, la llenó con un tabaco de potente perfume y fumó con caladas largas y sonoras. Crepitaba la quemazón del tabaco en la cazoleta con pequeños chisporroteos, con gracia, como una mímica o un acto practicado con esmero para provocar gusto y placer en el espectador. Una vez leído el informe, negó con la cabeza. Los generales le preguntaron por qué negaba, qué le parecía mal. Quieren llegar al rey sin eliminar caballos y alfiles, dijo Espanto, contó Graham a Romero. Expuso las razones que nos trajeron aquí, hoy, ahora, a Pisagua. No crea, Romero, que no salieron voces adversas. No será fácil la toma de este territorio. La neblina nos hace imposible la vista de Pisagua, una geografía irregular, de difícil acceso. Para qué voy a repetir lo que todos sabemos, ¿no? Romero siguió callado. Y Graham continuó. Espanto dijo que íbamos a quebrar la ocupación de Pisagua a pura fuerza. Desde el mar, dijo, con todo el poderío naval disponible, aunque pareciese una locura. Eso dijo, mientras exponía su estrategia.

Mañana vamos a ser los títeres de ese hombre, Romero, sentenció Graham y guardó silencio, apoyadas las manos sobre la baranda, mientras terminaba de fumar. Romero le devolvió la botella, cuyo contenido disminuyó a un cuarto. Dormir, a esas horas, no tenía sentido, pero decidieron regresar a sus respectivos espacios de descanso.

Pese al silencio de la noche, Romero percibía la tensión en los preparativos del asalto. En la bodega, los ronquidos de los soldados eran más sonoros y fuertes. El padre Madariaga movía los labios, pronunciando cosas ininteligibles cargadas de angustia. La escasa lumbre del lugar no impidió a Romero advertir la frente perlada de sudor del sacerdote. Una rata gorda y ágil se desplazó por los travesaños que sostenían los techos de la bodega. Un aroma intenso a comino inundó las narices de Romero. Se echó sobre su camastro, acomodando el chal de lana que cubría el improvisado colchón de paja, y entonces vinieron al encuentro aquellas imágenes de los años pretéritos, Manuel, tantas y tan profundas, que removían las cadenas del pasado; a medida que se volvían más vívidas y cobraban mayor fuerza, las cadenas ejercían más presión, tirando hacia el foso interminable de aguas tormentosas anegadas de recuerdos. ¿La ves, la antigua casa donde Clara pujó para traerte a la vida terrena? Sí, estás allí, Manuel, chupando un trozo de cochayuyo reblandecido con agua, mordiendo la superficie blanca y salada, con el culo desnudo sobre el piso de tierra. Tierra fresca que aliviaba la cocedura de carnes vivas producida por el pañal con mierda y orina, fricción de tela sucia. ¿Qué más aparece, Manuel? Las manos de tu padre sobre la mesa, manos de piel marchita, resquebrajadas, azotadas por el sol, la tierra, la lluvia, el frío de madrugada, trabajo de oscuridad a oscuridad. Espaldas encor-

vadas de hombre y mujer. El riachuelo atravesaba el extenso terreno de don Maximiliano Ortúzar. Por el centro, cruzaba rajando la tierra con agua cristalina y brillante bajo el sol y la luna. ¡El niño, por Dios, José, el niño! A pie pelado, caminabas atraído por el sonido de hipnosis de la corriente. José y Clara corrieron en dirección contraria. Gritaban al aire, alertando a los trabajadores. Peones, gañanes y baquianos escucharon a tus padres. Tú, Manuel, sonreías caminando a saltos hacia el río. ¿Aquella vez te tocaba la muerte? Tantas criaturas sacrificadas por la vida del campo: pisoteadas por animales, devoradas por los chanchos, picadas por la araña del trigo. Y tú, ¿arrastrado por la corriente?, ¿ahogado?, ¿destrozado por piedras y ramas en el caudal? No todavía. Aún no te tocaba. ¿Cuándo, entonces? Solo el Caballero de arriba sabe, dirías años más tarde, Manuel.

Aquella vez comenzaron a torcerse las cosas, pensabas, desde la tragedia interrumpida o postergada. No fueron tus padres quienes te encontraron e impidieron que te perdieras en el agua. ¿Mañunguito? ¿Es usted? ¿Para dónde vas, cabro? El Pirata Quiroz calentaba sobre una pequeña fogata un conejo despellejado, atravesado por una rama gruesa. Lo apodaban Pirata porque perdió un ojo en circunstancias nunca aclaradas, y usaba un parche de cuero sobre la cuenca. Viajaba de fondo en fondo, buscando las temporadas de cosecha para asegurarse mejor sustento. Tu papá decía que el Pirata Quiroz era pirata también en su esencia: no era hombre sedentario, gustaba del movimiento constante, dormía a campo abierto. Nunca tenía problemas con nadie. Era leñador, fuerte y resistente; hacía lo que faltaba: siembra, cosecha, construcción, recolección de frutos. Sus problemas comenzaron justo aquí, en Los Aguilones.

Mauricio Soto, capataz del fundo, acusó a Quiroz —dos años antes de tu frustrado ahogo— de robar animales para venderlos

en Santiago. ¿Qué hizo el Pirata para transportar a las bestias? ¿Qué eran? ¿Reses, caballos, gallinas? Soto avisó al patrón y el patrón prohibió la entrada a Quiroz. Al Pirata no le importaba. Pero tampoco se privó de pasar a la tierra de don Maximiliano, todas las veces que quiso. Le gustaba bañarse en el agua tibia del río; según él, donde mejor se daba la temperatura era en Los Aguilones, mejor y más cálida que en los fundos vecinos, producto del sol y el viento. Esa predilección torció los hechos, pensabas. Ibas a lanzarte al río, embelesado por los múltiples brillos del sol en la superficie de la corriente. Luminosidad, llamado de la vida.

No, cabro, no se le ocurra meterse al agua, que se muere, niño. El Pirata Quiroz te alzó en brazos, matando la ilusión del nado refrescante y mortal. Lloraste con rabia. Pataleaste. Te dio de beber agua de su bota de cuero y compartió trozos de la carne rosácea del conejo. Échele el líquido encima para matar la brasa, niño, y tú obedeciste, regando sobre los leños de espino encendidos el agua con el cazo ennegrecido. No se apuró en devolvete. Así era el Pirata Quiroz. Vivía bajo sus propios términos, obedecía sus propias leyes de su mundo invisible. Regresaste al atardecer, de la mano de Quiroz, cargando a sus espaldas el equipaje, desde el cual colgaban sus enseres y herramientas. Clara y José esperaban sentados, afuera de la casa. Huacho estaba tendido a los pies y fue quien primero percibió tu presencia, levantando la cabeza y olisqueando el aire cálido de media tarde. Corrió hacia ustedes; atrás, sorprendidos, tu padre y tu madre siguieron al perro, a tu encuentro.

Sabían Clara y José que el Pirata Quiroz tenía prohibida la entrada al fundo; aun así, lo invitaron a pasar la noche en la casa y Clara cocinó carne a la olla. Tomaron vino y terminaron la jornada con sendas cañas del enguindao que preparaba José.

Reconoció el Pirata que tu padre gustaba de fabricar este licor con alto grado alcohólico, motivo de brindis y felicitaciones. Entonces comieron y bebieron hasta que el sueño los venció. El Pirata durmió sobre el piso de tierra de la habitación que hacía las veces de comedor y cocina, protegido por cueros de vaca seca y abrigado por leños encendidos en la salamandra.

Se marchó a primera hora. Clara le regaló provisiones de pan fresco, queso, charqui, huevos y castañas. José dedicó la mañana a cortar leña, Manuel, y tú lo acompañaste para recoger los trozos que saltaban al impacto de la hoja afilada. Se acercaba el invierno, las viejas anunciaban los últimos días cálidos del otoño como un regalo del Señor previo a las lluvias torrenciales. Oraban, invocaban espíritus de antepasados para protegerlas. Encendían velas gruesas frente a imágenes de san Sebastián y de la Virgen del Carmen. Preparaban infusiones de ruda para los embarazos indeseados, siempre persignándose, manos arrugadas, huesudas y deformes de esfuerzo, recuerdas. Mauricio Soto llegó a tu casa a caballo, lo acompañaban dos hombres de poncho y sombrero. Huacho ladró a las patas de los caballos, Soto lo espantó con la huasca y José se acercó hasta él. Hablaron, pero tú no alcanzaste a escuchar lo que decían. Soto te provocaba temor. Hombre gris, sonrisa ausente, ceño fruncido. El caballo de Soto se acercaba a tu padre. Hocico, patas y herraduras enterradas en la tierra.

Mauricio Soto preguntaba con palabras cortadas, serio, mientras sus dos subordinados recorrían el pedazo de tierra de tu familia, mirando para todas partes. Clara volvía del río cargando sendos baldes de agua. Goteaba el líquido cristalino sobre la tierra, caían chorros desbordados hacia el camino. ¿José, qué pasó? Nadie respondió. Soltándolos sin cuidado, Clara dejó caer los baldes para correr hacia tu padre. Él permanecía con

la cabeza gacha, levantando la mirada de medio lado y gesticulando. Soto movía la huasca, nervioso, agitándola en el aire, azotando un cuerpo invisible. ¿Qué pasa, don Mauricio? La voz de tu madre, fuerte, una melodía distinta al susurro grave e ininteligible de los hombres. Nada, no pasa nada, respondió Soto y se dio media vuelta. Llamó a sus hombres con un chiflido. Movieron las riendas y los caballos giraron. Pasaron entre ustedes, mirándolos de reojo, sin apuro, hasta perderse entre los árboles rumbo a las instalaciones de la hacienda, quizás, a cobijar las bestias en las caballerizas o a seguir figoneando en las casas de los inquilinos. José se sentó para sacar la pipa y rellenarla con comodidad. Sus manos temblaban, no recordabas cuándo lo habías visto así, con los dedos en imperceptibles tiritones, al igual que los labios que sostenían la boquilla de la pipa, finalmente la cazoleta amplificaba los movimientos irregulares. Una vez que José prendió el tabaco —a chupadas rápidas y profundas—, Clara trajo la tetera y la puso sobre la fogata, que crepitaba persistente en el patio, a escasos metros de la puerta. Preparó mate dulce para ambos y churrascas que se cocieron entre las brasas cenicientas. José no tenía hambre. Agradeció el alimento, pero no tocó bocado. Me preguntaron por Quiroz, dijo tu padre, Manuel. Robaron en la casa del patrón, a medianoche, continuó hablando, contándole a tu madre lo que dijo Mauricio Soto un momento antes. Unas joyas de la señora, una plata del patrón, un par de cuestiones más, no sé qué cosas, pero el patrón se enojó mucho.

Él no fue, dijo Clara, no pudo ser él, José; tu madre, esa tarde de otoño, no estaba asustada, sino extrañada, Manuel. Durmió aquí, no se levantó, el perro habría ladrado, yo fui a echar leña a las brasas, Quiroz seguía durmiendo, hasta roncaba con ahogos. Yo también vine a echar leña y lo vi durmiendo, dijo tu padre,

me levanté a avivar el fuego, la noche estaba helada y el cristiano estaba envuelto en los cueros de vaca y en unos chales gruesos. El Pirata Quiroz no salió de la casa, concluyeron tus padres, convencidos, seguros de los hechos ocurridos la noche previa. Diga la verdad, José, le dijo Clara a tu padre. No tenemos para qué mentir. Les contaron a los desgraciados que Quiroz estuvo aquí, pero nosotros sabemos que no hizo nada. José se limitó a asentir, serio, chupando la bombilla del mate humeante, con la pipa encendida entre los dedos de la mano derecha.

Dos días después, ¿recuerdas, verdad, Manuel?, volvieron Soto y sus hombres. Esta vez entraron cabalgando. Clara trabajaba en la tierra, con las rodillas hundidas en el barro fresco. Aromas de ruda, llantén, paico, menta, toronjil, boldo, cedrón, manzanilla. Ayudabas a trasplantar las matas, crecidas ya, desde los maceteros pequeños. Huacho ladró otra vez a las patas de los caballos y Mauricio Soto lo calló con un golpe de huasca. El perro aulló, dolorido, hundió la cola entre las patas traseras y retrocedió. José, delgado —parecía más enjuto que de costumbre— y silente, apareció por la puerta. El patrón te quiere ver, Romero, le dijo a José; rememoras esas palabras a diario desde el entrenamiento en Antofagasta, mientras ayudabas en la construcción de las letrinas para el campamento, junto a las rocas, a metros del mar. ¿Por qué aparecieron las palabras de Soto allí, en ese momento, en ese lugar? Mañunguito, te dijo tu padre, termine de guardar la leña, mijo. Vengo altiro. Tu madre estaba nerviosa, lo notabas pese a su silencio. Se puso de pie, con las manos apretadas, como guardando un gorrión recién nacido, quisiste creer. Esas manos, sucias con barro húmedo, estaban a la altura del vientre de Clara. Allí estuviste tú alguna vez, te decía ella, usted estuvo en la guatita de su madre, mi niño, decía. José puso rápido la montura a uno de sus percherones

y salió junto a Soto y sus hombres. Se perdieron a través del bosque, en dirección a la casa del patrón. Te gustaba ir para allá con otros hijos de inquilinos, varios mayores que tú. Era una expedición prohibida, castigada a rebencazos si se descubría. Clara y José te dijeron, con firmeza, que no te metieras nunca a la casa de don Maximiliano, separada del resto del fundo por rejas y rodeada de rosales brillantes y vigorosos. Las rosas le traían calma a la señora, decían las viejas, por eso el caballero procuraba tenerlas de todos colores, grandes y robustas. Los jardineros eran castigados cuando las rosas enfermaban. Esas cosas se decían de los patrones, Manuel.

Clara, esa noche, preparó caldo de ave mientras una suave llovizna caía afuera. El fuego intenso teñía los costados de la olla con una costra negruzca. El líquido hervía, moviendo las presas de la gallina, las papas, las verduras, los granos de arroz. Luego de comer, leyeron en la Biblia el comienzo de Malaquías. Así aprendiste a leer, gracias a tu madre, Manuel, en el viejo volumen de hojas amarillentas, entre las cuales Clara guardaba imágenes de santos, flores secas y ramas de hierbas. Esta *advertena*, comenzaste, esta *advertena* palabra Yavé. Esta advertencia es la palabra que dirigió Yavé a Israel por medio de Malaquías, corrigió Clara tu lectura. Dijo: Leeré yo primero y después usted, hijo. Asentiste y se persignaron, porque se les olvidó hacerlo antes de empezar tu lectura. El hijo honra a su padre; el servido respeta a su patrón. Pero si yo soy padre, leía Clara, ¿dónde está la obra que se me debe? O si yo soy su patrón, ¿dónde el respeto a mi persona?, dijo tu madre, con la voz leve, imperceptible en su temblor, Manuel, esa noche de ventolera irregular que azotaba los muros de adobe de la casa y los techos de paja. Huacho estaba acurrucado bajo la mesa, como si continuara dolido y asustado por el golpe de huasca

que Soto le había propinado en la tarde, y el gesto del capataz le provocara una repentina melancolía, espesa y negra, parecida a la que empezaba a inundar tu pecho. ¿Nosotros respetamos al patrón, mamá?, le dijiste a Clara, y ella te miró, guardando silencio durante algunos segundos. ¿Mamita? Sí, nosotros somos obedientes con el patrón, lo somos y lo seremos, dijo tu madre y después continuó con la lectura de Malaquías: profanación, nombre, menosprecio, impuros, desobediencia, sacerdotes, Israel, escuchaste de boca de tu madre. Rebaño, trampa, ley, lágrimas, odio, traición. ¿Dónde estaba tu padre? Querías saber y no entendías por qué demoraba tanto en regresar. Por qué tuvo que ir con Mauricio Soto a ver al patrón, a quien nunca o rara vez visitaba porque él ignoraba la existencia de tu padre y del resto de los inquilinos, salvo cuando cometían un error. Usted no piense en esas cosas, niño, te dijo Clara. Vaya a acostarse, rece el padrenuestro, el credo y la oración de la Virgen, Mañunguito, uno de cada uno, y piense en la obediencia al padre y al patrón, en lo que nos enseñó hoy día la Biblia, mi niño, dijo tu madre, Manuel.

El sueño abrigó tus miembros exhaustos. El sonido de la lluvia y el fuego y sus leños te llevaron por lugares confusos. Observabas la silueta de Clara, recortada contra la penumbra, las lenguas de fuego dibujando formas sobre el poncho. Todo esto a medias, cuando abrías los ojos somnolientos para acomodarte en tu camastro.

Poco después del amanecer apareció el vecino Concha buscando a Clara, Manuel. La lluvia era total, el cielo estaba oscuro, pese a la hora temprana. Los vientos poderosos sacudían las ramas con inusitada violencia, el soplo de un dios maligno. El vecino Concha advirtió a tu madre que no te llevara, pero ella tenía miedo de que fueras a perderte otra vez si te dejaba

solo. Salieron raudos y avanzaron más allá de las caballerizas, lejos de los inquilinos y de la casa patronal. El cuerpo de José estaba empapado y el barro alrededor comenzaba a cubrirlo. Boca arriba, con el ojo bueno abierto, mirando al cielo negro en una apertura total, forzada al máximo por el horror. ¿Tiene el sirviente que servir al patrón? Sí. ¿Tiene el hijo del Señor que respetar a Dios? Sí. ¿Fue el pueblo de Israel atrevido con Jehová? Sí. ¿Miraron a una mujer más joven que la propia los hombres del Señor? Sí. ¿Odia Yavé la separación entre marido y mujer? Sí. Montañas desoladas, chacales hambrientos, güiñas ágiles descendiendo hacia el llano, Manuel. ¿Dios se enojó con Israel? Sí. Maldito Israel, dijo Dios a través de las palabras de Malaquías. Las manos estiradas, los dedos quebrados en todas direcciones. ¿Qué más dicen los profetas, mamá? La quijada abierta en un forzado doblez, sin dientes, una sanguinolenta masa irreconocible era la boca, los labios molidos a palos. Traen la palabra del Señor, Mañunguito, para ti, para el vecino Concha, para el Pirata Quiroz. ¿Para el patrón también? ¿Para Mauricio Soto? Parecía un saco de papas, Manuel, pensaste en los sacos que llenaban, cargaban y entregaban en la casa del patrón, cuerpo sin forma, despatarrado, como agua en cantidad caída a piso y con el impacto saltando para todas partes sin ton ni son, carne reblandecida a golpe de coigüe húmedo, cuánto tiempo de golpes seguidos, sin cansancio, para que el infeliz aprenda, carajo.

¿Para ellos es la palabra del Señor, mamá? ¿Para Soto, el patrón y la señora?

Para ellos también, Mañungo, para ellos también.